

EL CASCABEL

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO—CUATRO NÚMEROS AL MES DE 8 PÁGINAS

SE SUSCRIBE Á LA EDICION DE LUJO REMITIENDO 30 RS. POR UN AÑO, 18 POR SEIS MESES, 10 POR TRES, UNO POR CADA NÚMERO SUELTO Y 16 POR CADA VEINTICINCO

Á SU DIRECTOR-PROPIETARIO MANUEL JORRETO Y PANIAGUA.—MADRID, CALLE MAYOR, 123.

BELLAS ARTES.



LA MÚSICA.

MADRID, 1877. AÑO XVI. NÚMS. 1.018 Y 1.019.

SUMARIO.

Bellas Artes, *La Música*.—La maldita vanidad, por Carlos Frontaura.—Historia de un santo viejo (continuación), por Ricardo Becerro.—Colección de Tipos populares, *Tello*, por M. de la Revilla.—Dos flores, por C. Gil.—Apuntes cómicos, por M. Jorretto.—La col, por F. Araujo.—¡Eral... por P. Sañudo Autran.—Anécdotas.—Epigrama.—Fuga de consonantes.—Fuga de vocales.—Charadas.—Obras recibidas en la administración de EL CASCABEL.—Revista de teatros.—Advertencias importantes.—Sección de anuncios.

LA MALDITA VANIDAD (1).

I.

Donde se muere don Melchor y se sabe quién fué don Melchor.

- ¡Se muere! ¡Se muere!
- ¡Hay que avisar al médico!
- ¡A la parroquia!
- ¡Pobre señor!
- ¡Ha sido de pronto!...
- ¡No hay remedio para él!...

De esta manera expresaban su alarma, su temor, su compasión una tarde del mes de Marzo del año de gracia de 1870, cuatro personas en el portal de un elegante hotel de ese aristocrático barrio debido á la poderosa iniciativa del hombre á quien España debe, en gran parte, su progreso de algunos años acá, á pesar de que no es progresista. Pero como este libro es una novela, no me parece oportuno hacer aquí el elogio del ilustre marqués de Salamanca, y me contentaré con lo dicho en prueba de mi afecto al iniciador de los ferro-carriles en España, al amigo de las letras y de las artes, al incansable propagador del trabajo y de las empresas útiles al país.

Y continuó.

Aquellas cuatro personas eran una linda camarera, un ayuda de cámara, un portero y un lacayo; éste y el segundo salieron á escape, dirigiéndose el uno á casa de un médico, establecido en el mismo barrio, y el otro há-

(1) Los pocos ejemplares que quedan de esta interesante novela se venden en casa de D. T. Sanchíz, Matute, 2, y en las principales librerías.

cia la puerta de Alcalá, sin duda á llamar al señor cura de San José.

Enteráronse del suceso los porteros de otras casas próximas, algunos transeuntes, y yo que pasaba por allí.

Lo que sucedía no era ninguna cosa del otro jueves.

Sucedía sencillamente que un señor se había puesto malo, muy malo, repentinamente, y todo hacía creer que se moría.

No hay cosa más natural en el mundo.

Es lo que nos sucede á todos.

Estamos unos cuantos años paseando tan listos por ahí, vistiéndonos y desnudándonos, comiendo, durmiendo, preocupándonos de todo lo que nos importa y de lo que no nos importa, haciendo planes para el porvenir... y un día nos ponemos malos, así, de pronto, nos metemos en cama, y nada, no nos levantamos otra vez.

Esa es la vida.

Y la muerte, que es lo más seguro que tenemos en la vida, razón por la cual deberíamos estar siempre preparados á morirnos; es decir, que todos los actos de nuestra vida debían estar inspirados en la idea de que nos hemos de morir, y, ya que no hay otro remedio, debemos morir bien.

Pero no entremos ahora en filosofías, porque hemos de entrar en la casa del paciente.

Aunque nos preocupa el estado de la persona que, según todos los indicios, se halla en peligro de muerte, no podemos menos de admirar el lujo del interior de aquella casa. Raso, terciopelo por todas partes, mármol, oro, muebles de todos los gustos y de todas las épocas, estatuas, cuadros: allí hay una riqueza extraordinaria.

La persona dueña de todo ese lujo debe ser poderosa.

¡Y se está muriendo!...

Porque no hay nadie poderoso en el mundo, por mucho que tenga, nadie; el más poderoso no ocupa al fin más sitio que el más pobre; uno y otro son dos puñados de polvo.

Después de atravesar salones verdes, azules, blancos, rojos, revestidos de seda riquí-

sima, galerías de cristales de colores, pisando alfombras que da lástima pisarlas, llegamos á la habitacion donde se encuentra el enfermo.

No es una alcoba; es el comedor; un comedor precioso, alegre, lleno de luz, de sol, con anchas ventanas que dan á un hermoso jardin; la mesa está puesta con lujo, con riqueza; en una caprichosa pajarera cantan, pian, saltan, vuelan, juegan más de cien pajarillos de las más raras y estimables especies, y sobre la mesa, sobre la chimenea, en magníficos jarrones se ven las más delicadas, las más preciadas flores.

Parece imposible que en aquella mansion encantada, tan rica, tan alegre, se halle la muerte.

Y allí está, allí está implacable, contando los minutos de las últimas horas del poderoso dueño de tanta riqueza, de tanto lujo.

Sobre un divan primorosísimo se halla el paciente; un hombre grueso, como de sesenta años; está postrado enteramente; una señora de buen aspecto le sostiene la cabeza, y arrodillada delante de él, llorando, poseida de la más profunda ansiedad, vemos á una hermosísima jóven, que pronuncia muchas veces este nombre dulcísimo:

—¡Padre mio! ¡Padre mio!

Y el pobre padre no puede responder á su hija.

Se extremece convulsivamente, tiene los ojos abiertos, fijos en su hija; pero ¿quién sabe si la vé?...

—¡Padre mio! ¡Padre mio! repite la jóven con acento desgarrador.

Y el padre contesta con una especie de ronquido, que indica claramente la gravedad de su estado, indica que su organismo está completamente destruido, y que la muerte le tiene ya puesta la dura mano sobre el corazón.

—Señorita, dice la mujer que sostiene la cabeza del enfermo, y que es la institutriz de la hija del enfermo, el señor se muere... ¡Dios mio! ¡Cuánto tarda el médico!...

—¡Padre mio, padre mio! sigue diciendo Magdalena, que así se llama la hermosa jóven.

Al fin llega el médico; pulsa al enfermo, le examina, y hace un gesto que significa cuánta es la gravedad en que se halla el paciente.

Llama á los criados, levantan á D. Melchor, que este es el nombre del enfermo, le conducen al lecho, le desnudan, y el doctor se dispone á hacer todos los esfuerzos imaginables para salvar aquella vida, que no tiene salvacion.

Casi al mismo tiempo que el médico llega el sacerdote, que administra á D. Melchor el sacramento de la Extremauncion, despues de haber significado el doctor la imposibilidad de que el enfermo confiese ni reciba la sagrada comunión. La señora mayor, aya de Magdalena, se acerca al médico y le pregunta.

—No tiene remedio, contesta el médico; yo haré lo que pueda; pero la ciencia no puede resistir á la muerte, y la muerte se ha apoderado ya de este pobre señor.

—¿Y no podrá hacer testamento?...

—Imposible; seria preciso que Dios hiciera el milagro de permitirle hablar y discurrir. ¿Y cómo ha sido esto?...

—El señor acababa de venir de la Bolsa, bastante agitado no sé por qué, pero no habia dicho que se sintiera mal; ya estaba dispuesta la comida, porque luego iba á salir con la señorita en la carretela, y apénas entró en el comedor y se sentó en el divan, le dió el ataque.

—Habrá tenido algun disgusto grave fuera de casa.

—Lo ignoro; nada ha dicho.

Todos los esfuerzos del médico fueron vanos; tuvo dos juntas con otros prohombres de la ciencia, que sin duda hubieran salvado al enfermo, si éste hubiera podido salvarse; pero como la muerte se habia empeñado en llevárselo, todo fué inútil, y á las doce de la noche cesó aquel siniestro ronquido, único síntoma de vida que le habia quedado al bueno de D. Melchor.

El Excmo. Sr. D. Melchor Fernandez de Fernandez, caballero gran cruz de Isabel la Católica, de Cárlos III, de Cristo de Portugal, etc., etc., habia fallecido como un sim-

ple mortal, y *La Funeraria*, esa empresa siempre afortunada y próspera, como que vive de la vanidad humana, se había apoderado de los restos del grande hombre, y el día siguiente ya le había embalsamado, vestido, peinado, emperegilado y encerrado en una caja de zinc, exponiéndole luego, con grandes hachas en derredor, en un salón del *hotel*, convenientemente adornado de colgaduras negras con galones y borlas de oro; todo aquel aparatoso atavío no hacía pensar á los curiosos que iban á ver al muerto en ese terrible misterio del fin de la vida; pero les hacía admirar el lujo y la riqueza; la vanidad estaba satisfecha.

Pero bueno será que digamos algo del muerto.

Era D. Melchor Fernandez un hombre de poca ó ninguna instrucción; apenas sabía escribir, y en cuanto á leer, leía de corrido las cifras, mucho más fácilmente que las letras, á no ser que estas letras fuesen de cambio. Su padre había sido pobre, pero muy bruto, aunque no lo era para hacer su negocio, como lo probó haciendo una regular fortuna en el comercio de mantas de Palencia, que en aquella época no tenían rival en el mercado, como que no se introducían del extranjero, y todavía la fabricación de ese artículo no se había extendido á otros pueblos de España. El padre de D. Melchor compraba las mantas al por mayor en la fábrica y luego las vendía al por menor, y así hizo el dinero que en moneda corriente, buena toda y de ley, dejó á su muerte á su hijo.

Vino éste á Madrid con una buena compañía de onzas de oro; pero no continuó el comercio de mantas, porque se ganaba poco; dudando estuvo algún tiempo sin decidirse á qué especulación se dedicaría, y mucho habrían durado sus dudas, si la casualidad y un amigo de su padre no le hubieran llevado un día á la Bolsa.

D. Melchor, que tenía las ménos felices disposiciones para toda profesión que requiriese algún estudio, encontró en la Bolsa su verdadera vocación.

Pronto comprendió aquel *tejemaneje*, y

empezó á hacer sus jugadas, en las que fué por extremo afortunado.

Y cinco ó seis meses después había adquirido cierta reputación de acierto y arrojo entre los bolsistas, y entablado relaciones con varios de los más importantes capitalistas, y al año su firma valía muchos miles de duros.

D. Melchor era un personaje.

Tenía el gran mérito que hay que tener en esta sociedad para ser engrandecido y sublimado: tenía dinero.

Y tenía más.

Tenía crédito; tenía crédito para reunir en un momento sobre su mesa todo el dinero de Madrid, sin hacer por su parte más que poner en un papel su nombre y un garrapato.

Conociendo la manera de ser de esta sociedad adoradora del dios Exito, no había necesidad de consignar que D. Melchor fué halagado, mimado y festejado por ella, y que todas las puertas se le abrieron, lo mismo las de la más linajuda aristocracia que las de la política, las de los ministerios, hasta las de Palacio... Nada resiste ya al Exito.

D. Melchor, hombre vulgar y adocenado en todo, ménos en su peregrina habilidad de ganar dinero, pareció en la sociedad un hombre superior, y sus gastos y sus escasas palabras se interpretaron siempre favorablemente para él. Y él mismo se maravillaba de aquella importancia que se le daba.

Un hombre de las condiciones de D. Melchor había naturalmente de excitar la codicia de algunos padres, de esos que andan buscando un *buen partido* para sus hijas, y creen haberlo hallado cuando encuentran un hombre rico, cuanto más rico mejor, á quien poder llamar yerno.

CÁRLOS FRONTAURA.

(*Se continuará.*)

HISTORIA DE UN SANTO VIEJO.

(CONTINUACION.)

—Señor, ¿por qué permitís esto? ¿No fuí yo un fiel servidor de todos?

Los legos del convento y los estudiantes

jugaban á la pelota despues de los oficios. Todos los pelotazos daban en mis narices; y cuando la pelota se manchaba de barro y mi rostro se ponía espantoso con los golpes, gritaban aquellos futuros servidores de Dios:— ¡Anda, anda! mírale á Lain qué guapo está para ir incensando en la procesion delante del señor obispo.

El guardian de la casa se detuvo muchas veces delante de mí, y con toda la gravedad de un sabio doctor teólogo, exclamaba meneando tristemente la cabeza:

—Poco te vale ¡oh, santo de piedra! que te tengamos por bienaventurado, pues me da en las narices la churrumina que están haciendo contigo en los infiernos. ¿Por qué te hicieron santo? Porque la órden tiene pocos, y era necesario que se aumentasen sus glorias. No seré yo quien te rece un Padre nuestro.

En cinco siglos oí muchas millones de veces estos insultos.

¡Quién es capaz de detener á las malas lenguas!

Un día ví entreabierto un poco de cielo, volé allí y me postré humillado. La voz del Señor me dijo:

—«Nadie es completamente perfecto hasta que, despues de ser muy justo, ha sufrido las persecuciones de las lenguas de los hombres. Bienaventurado el que sabe comprenderlas y sufrirlas.»

É iba á sentarme á descansar, pero oí de nuevo la voz que decía:

—«Vete, y predica con tu ejemplo esa doctrina hasta que te reduzcas á polvo en tu estatua.»

Y volví al convento y viví en la grieta, contando mi historia hasta que esto fué ruina, y cuando lo fué viví enterrado con mi estatua, predicando sin cesar; nadie ha sabido comprender mi voz. Un día, tal vez no lejano, seré polvo, y entónces descansaré allá arriba por toda la eternidad.»

La misteriosa voz que hablaba calló, y yo quedé extasiado contemplando al Santo Lain, que partido por medio continuaba mirando al cielo. Su espíritu debió quedar vagando

en torno mio, tal vez para volver á predicar, al anochecer del siguiente dia, su raro sermón. Le invoqué cien veces y no me respondía; apliqué mi oído á todas las grietas de las paredes y nada oí.

—¡Pobre Santo! ¿Hasta cuándo debia permanecer prisionero de su culpa, ó cumplidor del alto mandato, atisbando al trozo de piedra? Hasta que se redujera á polvo, habia dicho; ¡y pasan tantos años hasta que la piedra se pulveriza! Ensimismado en este pensamiento estaba yo, con mi cabeza caída sobre el pecho, cuando de repente el agudo chirrido de una lechuza me hizo levantar la vista hácia lo más alto del campanario. Una idea diabólica me asaltó. San Lain iba á volver aquella noche al cielo. Yo le iba á hacer ese favor, áun á riesgo de que sufriera una fuerte reprimenda al entrar.

Alcé media estatua del suelo, la cargué sobre mis hombros y eché á andar, dando tropezones por entre los escombros. Llegué á la puerta de la escalera de la torre y la encontré cerrada, pero un fuerte puntapié sacó los oxidados goznes del marco apolillado y la puerta se desplomó con estruendo.

Avancé á oscuras con mi medio santo á cuestas, subiendo los ruinosos peldaños de la escalera, sudando la gota gorda á pesar de lo frio de la noche y cuando de tiempo en tiempodescansaba, apoyándome en la pared, la posaba sobre grupos hacinados de murciélagos que, á su contacto, chillaban como demonios, revoloteando alrededor de mi cabeza, rozándome las narices con sus alas y armando una espantosa algarabía. Aquello era soberbio; no habia subido la mitad de la escalera y ya me seguian, metiendo ruido, más de quinientos bichos volanderos, y yo me reia considerando que jamás habia subido un bienaventurado á la gloria con música más rara. Cuando pisé la plataforma superior, puse entre el hueco de un arco la estatua y me senté sobre ella, espantando ántes una legion de lechuzas que estaban haciendo el atavío de su plumaje á la luz de la luna.

Avancé despues un poco en la cornisa, miré á mis piés y ví una especie de abismo que

se perdía en las rocas de la orilla del río. Sobre las sosegadas ondas de éste, se pintaba en el ondulante cristal la silueta sombría de todo el ruinoso templo, y como al moverse, los perfiles del campanario y de las agujas se contraían y se dilataban, me parecía ver elevarse de las aguas un mónstruo de cien garras que apoyándose en una orilla pugnaba por pasarse á la otra. Más allá el paisaje plateado por el astro de la noche, dormía en plácida calma. Levanté con ámbas manos la estatua mutilada, y haciendo un esfuerzo propio de un loco, la lancé al espacio.

Al caer chocó contra las tajadas aristas de las rocas, y se hizo polvo. Volví á bajar al patio, tomé la otra mitad del santo, y diez minutos despues su mole rebotaba, cascándose contra los peñascos.

Una espantosa carcajada se sintió inmediatamente. Me asuste al principio; pero al reconocer la voz del inglés Petterson me volví hácia el patio, de donde parecia haber salido.

—¡Pícaro señor, mal haya tu sombra, y voto al diablo si no te rajo esta noche por medio! me gritaba el inglés, amenazándome con sus puños cerrados y tambaleándose grotescamente.

—¿Cogiste ya la mona, mister? le contesté yo riéndome y haciendo piruetas en la cornisa.

—¡Baja, baja, añadió, que me has de pagar la felonía de tirar *mis* piedras de *mi* convento, de *mi* bolsillo, al río!...

—¿Cuánto has bebido?

—¡Baja, baja, mentiroso, mendigo, piojoso, español, baja!

Riéndome á todo reír, cogí un trozo de teja, apunté, tiré, y le dí á mi amigo en las narices. Cayó redondo al suelo despues de lanzar una blasfemia, y no se movió. Bajé aceleradamente del campanario, me acerqué á él, y le encontré roncando.

Quise ponerle en pié, y no pude. Petterson pesaba más que San Lain.

Avisé á los vecinos, y éstos al alcalde. El inglés fué llevado á su casa en calidad de medio muerto, y yo á la mía con carácter de medio preso.

Tomáronme declaracion, y no supe confesar otra sino que habia subido un santo al cielo. El juez, los escribas, los eorchetes y todos los circunstantes se retorcían de risa.

Cuando Petterson declaró, dijo que yo le habia aplastado con la estatua del santo desenterrado; las viejas de la vecindad lloraron de terror, santiguándose. Lo que más chocó á todos fué el no encontrar al santo por ninguna parte.

Nadie ha sabido explicarse un caso tan asombroso. He pagado mi multa, y para asombrar más, el inglés ha escrito mi cuento.

RICARDO BECERRO.

* * *

COLECCION DE TIPOS POPULARES.

TELLO.

Nadie ha visto su figura;
pero la gente asegura
que siempre que manda *Tello*
del gobierno se murmura
y se dice: ¡*así va ello!*

Es ministro universal:
sirve al gobierno absoluto
lo mismo que al federal,
y siempre gobierna mal,
y cada vez es más bruto.

Por él, en tiempos remotos,
los españoles devotos
fueron á tierras ignotas,
con los pantalones rotos
y sin suelas en las botas.

El mundo entónces logró
á su imperio someter;
y, tal se las arregló,
que de gloria nos llenó
y nos dejó sin comer.

Llenos de gloriosos motes,
abolimos los gigotes,
y comimos esperanzas,
y suprimidas las *panzas*,
nos trocamos en Quijotes.

Y cuando de aquella gloria
perdióse el postrer destello
en las brumas de la historia,
se nos vino á la memoria
que el que mandaba era Tello.

Y como la situación
que simboliza ese nombre
es eterna en la nación,
no es bien que á nadie le asombre
ser siempre de oposicion.

Contra él se concierta en vano
un motin cada verano
y una zambra cada invierno;
que no hay quien le meta mano
y le arroje del gobierno.

Estallan revoluciones;
se cambian las situaciones;
la patria se desmorona,
y tras tantas conmociones,
sigue Tello en la poltrona.

Y es su destino traidor
tan implacable y fatal,
que, queriendo lo mejor,
lo hace el infeliz tan mal,
que ya no cabe peor.

Dicen los murmuradores
que, por sus torpes errores,
están las cosas tan caras,
y los pobres *tenedores*
no tienen para cucharas.

Que por él hay petroleros
que se pasean muy fieros
sin camisa y con navaja;
que por él la Bolsa baja
y nos quedamos en cueros.

Que por él hay empleado
que almuerza con expedientes,
y maestro desdichado
que se ha quedado sin dientes
por comerse el encerado.

Diz que, por sus desafueros,
á castigar nuestros fieros
viene en legiones pujantes
la langosta con letreros
que ha descubierto Barrantes.

Esto de Tello asegura
la gente, que así murmura,
y tendrá razon acaso;
pero la cosa es oscura
y yo por ello no paso.

Porque al ver la pertinacia
de ese ministerio eterno;

al ver que la teocracia,
y tambien la democracia,
deja á Tello en el gobierno,

A veces dóime á pensar
que, estando todo en un tris
en mi patria singular,
es extraño que el país
no logre á Tello expulsar.

¿Será que Tello es un mito
que en la mente nos forjamos,
y sobre el cual arrojamos,
á guisa de sambenito,
culpas que no confesamos?

¿Será Tello, por ventura,
el acabado reflejo
de nuestra triste figura,
y achacamos al espejo
culpas de la catadura?

No resuelvo la cuestion:
«*Tello manda; así va ello,*»
dicen, y tienen razon;
pero ¿la culpa, es de Tello,
ó más bien de la nación?

MANUEL DE LA REVILLA.

* * *

DOS FLORES.

Una se ostenta lozana
sobre la fuente vecina,
otra su cáliz de grana
sobre las aguas inclina.

Una, en tus manos de nieve,
á veces se alza orgullosa;
otra, entre las mias, bebe
mis lágrimas, ruborosa.

Una, es de hermoso color;
otra, el color ha perdido;
una, es la flor del amor;
otra, es la flor del olvido.

CONSTANTINO GIL.

* * *

APUNTES CÓMICOS,

EN EL PRADO.



—Tráeme, tráeme más medenguitos, que esta noche voy á conquistar á Dosita y quiero decirla palabras medosas.

POR UN EDICTO.



Los únicos parientes se presentan á mostrarse parte en virtud de cierto llamamiento judicial.

EN LA AUDIENCIA.



EL FISCAL.—Sí, apliquemos la pena con todo su rigor, y pronto veremos los saludables efectos de su ejemplaridad.

EL OTRO.—Sí, eso y esto debe hacerse.

ANTE EL RETIRO.



—¡Ay! estoy cansada de este ruido de Madrid.

—Mira, allí dice «Buen Retiro». Entremos, que debe ser un sitio sosegado.

POR M. JORRETO.

UNA AFICIONADA.



¿Dónde pondremos el santo que no se empolvore, si se vota la preposicion?

EFFECTOS DE UN DISCURSO PARLAMENTARIO.



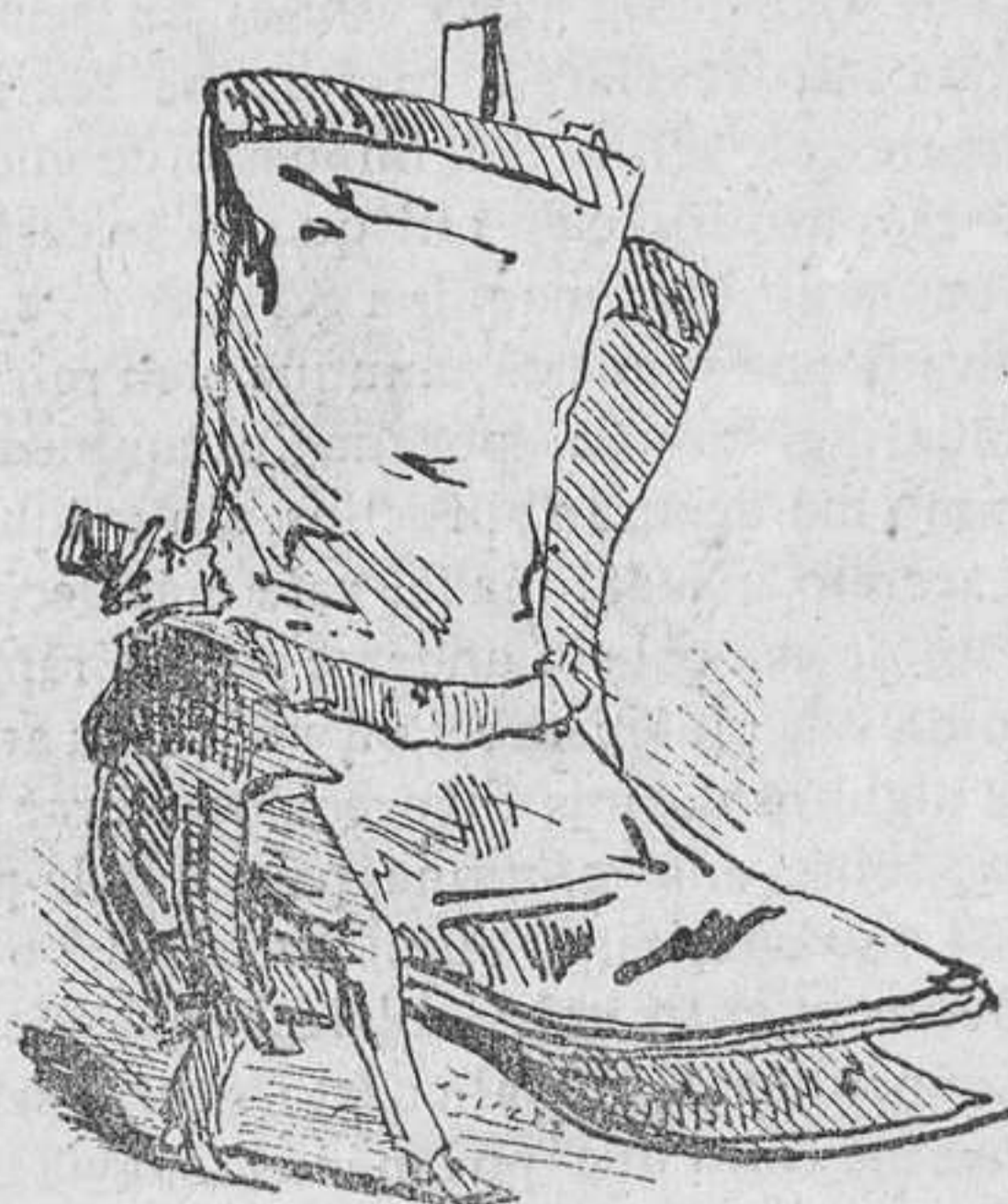
Delirium tremens.

EN EL BAÑO.



¡Y para esto he comprado un salva-vidas! Bosch debiera haber dado con cada uno para ir á hacer la prueba en el Cantábrico.

LAS BOTAS DEL JIGANTE.



Alarmado un consejero de Estado por las grietas que se abrieron al Consejo, lleva al Gobierno las botas del gigante bejarano, á fin de proponer se instalen en ellas las oficinas.

LA COL.

ARTICULO SUI GENERIS.

Jamás me he sentido tentado á escribir un artículo de agricultura; lo mismo pensaba yo en la ciencia de moda que en el inventor de la guitarra ó que en el primer *puchero* que hizo Alejandro el Grande cuando era *bebé*; francamente, lectores, la primera vez que oí la palabra agricultura se me indigestó el *agri*. Estaba yo entónces estudiando latin y la traduje... ¡si seria yo buen chico! por *cultura de lo agrío*, de los limones, por ejemplo; así es que, aunque luego me convencí de mi error, jamás se me olvida el castañeteo de dientes que me hizo sufrir y que no se lo perdonaré nunca.

No creais, por lo tanto, que os voy á recomendar algun procedimiento para el cultivo de la leguminosa que encabeza estas líneas. ¡*Coles!* ¡pues no faltaba más!

Y no es porque nada nuevo sepa; todo lo contrario, pues precisamente he descubierto una col magnífica, estupenda, capaz de llenar por sí sola aquellas apetitosas ollas de las bodas de Camacho; pero este es un secreto mio que sólo revelaré á los que me remitan diez reales en sellos del impuesto de guerra (á ver si junto los cien mil que se necesitan para comprar una máquina SINGER) en carta certificada por supuesto; aunque bien mirado de nada me serviría, porque los empleados del ramo me dejarían sin sellos, sin máquina y sin secreto. ¡Nada! ¡nada! vale más decir el nombre de esa col sin andarse por las ramas; así como así, ¡quién sabe! tal vez se les antojara á algunos de mis favorecidos elevar mi estatua sobre una *col-umna* para que la posteridad me admirase, pues no había yo de ser ménos (y entre col y col lechuga) que algunos poetillas de tres al cuarto y otros señores que me callo que por ménos todavía gastan ese lujo.—¡Pero la col! ¡esa col tan hermosa, tan grande!—Allá voy, amigos míos, ¡paciencia! esa col es... la *col-osal*.

¡Pobre col! siempre vilipendiada y escarneida hasta el punto de ser *col-ocada* por bajo

de los nabos, de los plebeyos nabos, cuando la dicen: ¡*Alabaos, coles, que hay nabos en la olla!* ¡Los nabos!... ¡que sólo tienen un nombre! ¡los nabos!... eterna desesperacion de los filósofos pan-armónicos que no pueden hallar su variedad interior, mientras que en las coles pueden despacharse á su gusto hallando la *col* unitaria, la *berza*, con la interior determinacion de la *lombarda* y el *repollo*, que se componen en la armonía de la *coliflor*.

Además... los nabos son unos solterones recalcitrantes, á los que nadie dice ¡por ahí te pudras! unos peleles á los que nadie quiere como Dios manda (aunque quizá ellos se las busquen de otro modo), pues yo no he oido hablar nunca de la *naba*, mientras que la col ó *el col* (para hacerlo macho) tiene desde inmemoriales tiempos su legítima compañera: la *col-a*.

Por otra parte, ¿cuándo pueden presentar los nabos un individuo de su especie que se haya hecho notable en la historia? Nunca; entre las coles tenemos mil ejemplares de esto: una col aristocrática derrumbó la monarquía en Roma, *Col-atino*; otra col popularizó en el siglo primero la agricultura; *Col-umela*; y por no cansarme diré, por último, que á otra col, doblemente grande, por lo que hizo y por la terminacion que tiene, debemos el descubrimiento del Nuevo Mundo, á *Col-on*. Protesto, pues, en nombre de las coles contra el dicho popular que las pone por bajo de los nabos.

Ya sé yo que hay coles que no valen nada, como el *col-cero*; sé tambien que hay muchas perjudiciales, como la *col-ision*, el *cól-era*, el *cól-ico*, la *col-porragia* y áun alguna que á más de perjudicial, por venenosa, está condenada al raquitismo como el *cól-chico*. No se me oculta tampoco que, en esta época sobre todo, hay coles terribles para los estudiantes, y más si son de la *col-a*. Nada más frecuente que oír estas conversaciones despues de los exámenes:

—¿Cómo has salido?

—¡Chico! ¡Me han col-gado!

Ahí tienen Vdes. una col que cuesta un verano de estudio, una crisis metálica, por

cerrarse la caja del papá, y los disgustos consiguientes.

Pero en cambio se oye decir:

—He *col*-ado seis asignaturas. Esta *col* es el ideal del que estudia; además de darle libertad, dinero y alegría, le produce despues otra *col*, la más deseada y difícil de obtener de todas, la *col*-ocacion en algun puesto seguro. Recomendamos, por tanto, á los estudiantes la adquisicion de dicha *col*. Los pedidos, á doña Asistencia Aplicada, calle del Estudio.

Y dispéñsenme los señores estudiantes que les saque los trapos á la *col*-ada.

Hay un número de coles prodigioso. ¿No habeis pedido de niños, cuando llegaba Navidad, la *col*-acion?

Hay coles que educan como el *col*-egio, otras que divierten como el *col*-iseo, otras que curan como el *col*-irio, otras que soplan como el *col*-aire, otras que oscilan como el *col*-umpio (cuando le mueven); hay además coles elevadas como la *col*-ina, coles-pájaros como el *col*-ibri, coles-dientes como el *col*-millo, coles-moluscos como el *cara-col*, y tengo para mi *col*-eto que, sin ir más léjos, todos los periódicos son coles especiales, pues unos á otros se llaman *col*-egas, de donde *col*-ijo que las coles son el cuarto poder del Estado; por último, hay coles que debian ponerse algunos individuos que yo me sé, las *col*-leras.

Imitando aquel conocido verso de

—Mañana es tu dia, Flora,
te mandaré un tulipan.

—No estoy por flores ahora.

—¿Pues qué quiere Vd., señora?

—Adornos de tul y pan,

se podria decir:

—Mañana es tu dia, Flora,
te daré una coliflor.

—No estoy por coles ahora.

—¿Pues qué quieres?

—Col y flor.

Uno y otro no son sino variantes de aquel chiste antidiluviano, en el que preguntando un padre á su hijo qué queria más, si pan ó caldo, el chico, que no debia mamarse el dedo, respondió sin vacilar: ¡sopas!

Y aquí se me viene á las mientes que las sopas del chico y el tul-y-pan y la *col*-y-flor de las chicas son ni más ni menos que la expresion de la humana avaricia, que nunca se contenta con lo que le dan.

Y volvamos á las coles, esas pobrecitas plantas, alivio del pobre y desprecio del rico, cuya trascendencia (¿eh? ¿me explico?) solo hoy se ha llegado á comprender; ellas nos siguen á todas partes, forman nuestro ideal y nuestra desesperacion, segun las clases y... segun los gustos, porque la *col*-eta, por ejemplo, que usaban nuestros abuelos, artículo ridículo (en verso y todo; no la coleta ¡hombre! sino lo terminado en ículo) y hasta incomprendible en nuestros dias, formaria sin duda las delicias de los *dandys* de sus buenos tiempos. Esa *col* ha desaparecido de la flora actual; solo se hallan algunos ejemplares en los gabinetes de los anticuarios, en las casas de préstamos y en los vestuarios de los artistas cómicos. El *col*-orete, que sirve para dar *col*-or á algunos rostros femeniles (y aún á algunos que no lo son), se usa mucho hoy, y en cambio no se usó... no se usó... (¡vaya un apuro!) no se usó... (¡libros por aquí! ¡libros por allí! ¡á ver! ¡nada! ¡me he lucido! coles con el *col*-orete) me equivoqué, se ha usado siempre, porque la mujer... y el diablo... y la coquetería... y la seducción... y la hoja de para... Vdes. me entienden. Lo que quise decir es que el *capis col* (es una dignidad eclesiástica; no se vaya alguno á imaginar que es una *col* de invierno por eso del *capis*) era completamente inútil en otros tiempos y ahora se usa (no estoy seguro) siendo bastante apetecida por el clero y sustituyendo ventajosamente á la especie *col*-eta.

Y sin saber por qué (sin duda porque no tengo sueño, aunque mejor querria tener una peseta) se me viene á las mientes el nombre de una *col*... pero ¡qué *col*! sobre todo cuando está bien mullido, no cuando mi doméstica me lo deja con más altos y bajos que una cordillera, lo cual me hace levantar quebrantado y molido, más que D. Quijote cuando en la venta le aporrearon. Ya sabreis de qué *col* hablo; hablo del *col*-chon, que con la *col*-cha

y demás adminículos que no son coles, nos permiten entregar voluptuosamente en brazos de Morfeo.

Al hablar de tan apetitosa col se me abre la boca y no resisto al deseo de arrojarme sobre ella.

Y ¡basta de coles! ¡que aprovechen!

FERNANDO ARAUJO.

* * *

¡ERA!.....

Eran sus ojos la creacion ardiente de un sueño fantástico, oriental.
Era su rostro el encantado cielo de una felicidad.

Era su sér la vida de una gloria que tan sólo se puede comparar á la del génio que lo inmenso busca con incesante afán.

Era..... yo no sé qué, pero advertí que poco á poco la llegué á adorar como el bien máspreciado en quien se adora un supremo ideal.

Mentidas ilusiones del deseo, despiadado y sarcástico soñar, quimeras miserables de la tierra, sombras de realidad.....

Eran sus ojos de la vil mentira el mezquino trasunto, el antifaz.
Era su rostro el engañoso cielo de una felicidad.

Era su sér la muerte de una gloria que tan sólo se puede comparar

á la del génio que sus alas pierde en el mundo del mal.

Era..... yo no sé qué, pero advertí que poco á poco comencéla á odiar como el suplicio ¡ay Dios! de una agonía que no acaba jamás.

P. SAÑUDO AUTRAN.

* * *

ANÉCDOTA.

Acaban de contarme un anécdota que me parece original y chistoso.

En una iglesia muy pequeña y próxima á uno de los cuarteles de caballería solia ir á misa diariamente un cabo de dragones, y colocándose en actitud contemplativa, tenia en las manos á guisa de devocionario una baraja.

El sacristan que lo notó y era muy dado á contar todo lo que veia y lo que no veia, dió parte al cura.

Rogó éste al cabo que entrase en la sacristía, y allí le echó una reprimenda en presencia del sacristan.

—Ved lo que son las cosas, padre cura, dijo el dragon: me creéis un vicioso, cuando soy un devoto en toda regla.

—Mal se conoce.

—La baraja es mi breviario.

—¡Sacrilégio!

—Lo probaré: teniéndola delante veo en el as, la unidad divina; en el dos, al padre y al hijo; en el tres, á la Santísima Trinidad; en el cuatro, á los cuatro evangelistas; en el cinco, las cinco llagas; el seis, me recuerda que el mundo fué creado en seis dias; el siete, el dia en que descansó el Hacedor; el ocho, las ocho personas que se libraron del diluvio universal; el nueve, los nueve leprosos que curó Jesucristo, y el diez, los diez mandamientos.

Llegó á la sota y la puso á un lado.

—El caballo, continuó, me recuerda á los reyes magos que fueron á Belen para adorar al niño Dios, y el rey á Salomon.

—¿Y la sota? preguntó el cura.

—No he hablado de ella porque no se ofendiera el sacristan.

—¿Por qué?

—Porque para mí es Judas Iscariote, el que fué con el soplo.

El cura quedó admirado y el sacristan corrido.

* * *

Un rico propietario bajó una mañana al corral de su posesion, donde varios cerdos gruñían de una manera descompasada.

Acercóse á ellos y vió que estaban disputándose los restos de la comida, entre los cuales relucía una cuchara de plata que se hallaba en aquel lugar, por un descuido de la cocinera.

—¿No han de gruñir, exclamó sonriendo, si sólo tienen una cuchara para todos?

* * *

Haciendo notar un licenciado del ejército francés que en toda la campaña no habia sufrido una herida, apoyaba sus razones en estas pruebas:

—Cuando desembarcamos en Sebastopol, era el primero; cuando se sitió la plaza, el primero, y, cuando la toma del castillo de Malakoff, era el primero.

—Pero, ¿tiene Vd. la bondad, dijo uno de los que le escuchaban, de decirme en qué era Vd. el primero?

—Toma, contestó; era el primero siempre en correr, por si luego no habia tiempo.

* * *

Caminaba un franciscano en un pollino, y un chulo díjole con disimulo:

—Ese es un crimen, hermano, pues el santo fundador,

hombre de virtud y fé, diz que anduvo siempre á pié, con frio, viento ó calor.....

—Así seria en buen hora (dijo aquel con ironía), pero es que entónces habia ménos borricos que ahora.....

* * *

EPIGRAMA.

Delante un juez se quejaba una mujer infeliz del mal trato que le daba su esposo, pues la zurraba sin cometer un desliz.

A lo que el marido airado respondió: «por vida mia, señor juez, si me he enfadado, con justa razon la he dado ménos de lo que debia.»

Mas ella sin turbacion replicó: «el ardid no es malo, però es que *justa razon* llama mi marido al palo que le sirve de bastón.»

F. SOLDEVILLA.

* * *

FUGA DE CONSONANTES.

Au..ue e. .i.e.o .e .o..e
.u..a e. .a.a.o .e .a..e
.ue .o. .u.o .a. .i.ue.a,
. .a o.io.i.ad.e. ai.e

* * *

FUGA DE VOCALES.

..nq.. .l d.n.r. t. s.br.
n.nc. .l t..b.j. t. f.lt.
q.. s.n h.m. l.s r.q..z.s
y l. .c..s.d.d .s ..r.

* * *

CHARADAS.

I.

En tí *prima* repetida
en el Asia *dos y tres*,
y el carecer de mi *todo*
es virtud, á mi entender.

J. R. ANUL.

II.

Tiene mi niña *primera*
y con *segunda* me brinda;
mas yo *tercera* y la pido
que con sus manos divinas
toque en el *todo* un momento,
porque oirla me extasía.

TAPABOCAS.

III.

Aunque siempre he profesado
todo á Luz, que es *dos primera*,
hoy, que su amor se ha apagado,
yo la *segunda tercera*.

J. FERNANDEZ UGARRIZA.

*
* * *

OBRAS RECIBIDAS EN ESTA REDACCION.

La entrega segunda del *Tratado de la impotencia y la esterilidad en el hombre y en la mujer* y el cuaderno segundo del *Tratado elemental de fisiología humana*. Antes de ahora hemos recomendado ya estas obras, indispensables á cuantos ejercen la medicina, de los Dres. Roubaud y Belclard, y que con tanto acierto vienen traduciendo los señores Santana y Villanueva y de la Plata y Gonzalez Hidalgo. Se vende en casa de D. Carlos Bailly-Bailliere, Plaza de Santa Ana, 10.

La segunda edicion de *Las Botas*, del inteligente y popular escritor D. Ricardo Sepúlveda. El público ha agotado con justicia en poco tiempo la primera, y no dudamos que de la nueva no quedará en breve ni un solo par. Se venden, las que quedan, á 8 reales en Madrid y 10 en provincias, en la librería de M. Murillo, calle de Alcalá, núm. 8.

El segundo tomo de la interesante novela *El monje del Cister*, del célebre escritor portugués A. Herculano, que tan notablemente viene traduciendo nuestro querido compañero Sr. Ossorio y Bernard, á cuya casa, Ave-María, 37 y 39, se envían 4 rs. por cada tomo y se recibe á vuelta de correo, franco de porte.

El núm. 9 de *Valencia ilustrada*, con notables artículos de los Sres. Lahoz, Bodria, Torromé, Lombart y Orga. Esta excelente revista semanal ha merecido con justicia, en sólo 9 números que lleva de vida, una envidiable reputacion.

El discurso sobre la cremacion cadavérica, leído por D. Enrique Salcedo y Ginestal, cuya lectura recomendamos, no sólo por la inteligencia y erudicion con que está escrito, y que acreditan una vez más á su ilustrado autor, sino por la oportunidad de la materia de que trata. Se vende en la librería de D. Pascual Aguilar, Valencia.

La Beata del Tocon.—Preciosa obra del popular y distinguido escritor D. Manuel Fernandez y Gonzalez, publicada en su linda biblioteca por el conocido editor D. Urbano Manini. Se halla de venta en todas las librerías, y la recomendamos por lo interesante de su argumento.

*
* * *

TEATROS.

JARDINES DEL BUEN RETIRO.—Se han estrenado dos zarzuelas en un acto cada una, tituladas *Un maestro de obra prima* y *Frasquito*

Barbales, sobresaliendo en la ejecución de ámbas la señora García y el Sr. Carceller.

Con estas obras, con los conciertos nocturnos y los matinales están siendo los Jardines del Retiro el sitio más delicioso que puede imaginarse: por eso los vemos siempre favorecidos por un numeroso y escogido público.

CIRCO DEL PRÍNCIPE ALFONSO.—En este afortunado Circo siguen representándose *Los Madriles* con éxito creciente. Esta obra y *El domador de fieras*, de los Sres. Carrion, Campo Arana y Barbieri, en que tanto se distinguen la Srta. Lopez y Sampela y los Sres. Rossell, Orejon, Escriu y Gimenez, proporcionarán, sin duda, un lleno toda la temporada.

APOLO. — Llama la atención el notable acierto con que el Sr. Morales sabe elegir las obras que se representan en este teatro, al cual, sin duda, es debida la escogida concurrencia que le favorece, olvidando con el atractivo de la representación el calor riguroso del estío.

* * *

ADVERTENCIAS IMPORTANTES.

Con este número se envía á todos los suscritores que faltaban el almanaque.

EL CASCABEL tiene ya 900 suscritores á la edición de lujo, contando como tales á los escritores que le han honrado con sus trabajos. Para recompensarles de la irregularidad

con que vienen recibiendo el periódico y con la que aún le recibirán, hasta que todos los demás suscritores se convenzan de que, aun enviando 10 rs. para recibir la edición de lujo la suscripción es más barata que el año pasado, pues resulta que pagan 22 rs. y entónces pagaban 24, EL CASCABEL comprará alguna vez billetes de lotería, cuyas ganancias se repartirán entre todos los suscritores á dicha edición de lujo.

La primera vez será el número próximo, en el cual se anunciará el número comprado. A sus ganancias tendrán derecho los que han pagado ya el exceso y los que hasta dicho número remitan los 10 rs.; pero estos no recibirán almanaque, pues ya se han concluido.

De las ganancias se descontará el 20 por 100. De este 20, el 10 será para jugar otra vez, el 5 para gastos, y el otro 5 para obras de caridad.

* * *

Debemos á la amistad de nuestro querido amigo D. Carlos Frontaura la honra de publicar en nuestro periódico el precioso cuento de salon que hoy comenzamos, cuento que ha adquirido tanta y tan justa estimación, que es raro el ejemplar que queda, por lo que creemos dar con él gusto á nuestros suscritores.

MADRID.—1877

IMPRENTA DE MANUEL G. HERNANDEZ

San Miguel, 23, bajo.

Anuncios de EL CASCABEL.—12 rs. espacio cada número.

LA EDUCACION.

Librería la más antigua en el ramo de primera enseñanza.

Completo surtido de libros y menaje para escuelas. Devocionarios de todos precios y encuadernaciones. Grandes descuentos en los pedidos por mayor. Pídase catálogo á D. Eugenio Sobrino, Vergara, 10, Madrid.

VIAJE ECONÓMICO A LA EXPOSICION DE PARIS DE 1878.

SOCIEDAD DIEZ Y SEVERINI.

EL CASCABEL sigue admitiendo suscripciones á esta acreditada sociedad, que llevará, traerá y dará de comer quince días á sus suscritores en Paris durante la Exposición.

Se envían prospectos á quien los pida.

ANUARIO ALMANAQUE DEL COMERCIO Y DE LA INDUSTRIA EN ESPAÑA Y ULTRAMAR

ó

ALMANAQUE DE TODAS LAS SEÑAS DE LOS HABITANTES POR PROFESIONES DE MADRID,
DE LAS PROVINCIAS Y DE ULTRAMAR PARA 1878.

AVISO IMPORTANTE.—La casa Bailly-Bailliere, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, está preparando un *Anuario* con todas las señas de todos los habitantes de España y Ultramar por profesiones. Despues de estudiado bien este asunto, cree haber tomado todas las precauciones convenientes para llevar á cabo este libro, y que sea digno de España y pueda compararse con los del extranjero.

OTRO AVISO Á TODOS LOS HABITANTES DE ESPAÑA Y DE ULTRAMAR.—Todo el que quiera figurar en el *Anuario* puede mandar bajo sobre una nota que diga su nombre, apellido, profesion, señas de la habitacion y punto de residencia, y quedará inscrito en el *Anuario* GRATIS. Si además de lo indicado quiere el interesado añadir algunos detalles acerca de su profesion, comercio ó industria, se insertará á razon de una peseta la línea.

Dirigir toda la correspondencia á la librería de D. CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid.

TIMBRES PARA CARTAS

CON LA MÁQUINA NORTE-AMERICANA.

Cajas de papel desde 6 rs. en adelante.

Se timbra gratis en cuatro colores el papel de la casa con letras enlazadas y oblongas.

Timbres imperiales sin necesidad de plancha, 40 rs. el ciento. Timbres en alto relieve, 10 rs.—Papel inglés y del Japon.

Mendoza, Puerta del Sol, 15.

JARABE DE QUINA FERRUGINOSO

IODOBROMURADO

DEL LIC. DON JACINTO MORENO.

Este jarabe está sustituyendo con notabilísima ventaja al aceite de hígado de bacalao, especialmente en la clorosis, anemia, escrófulas, raquitismo, histerismo, etc.

Depósitos, *Sres. Ulzurrun y Angulo.*

Se sirven pedidos hechos al autor en Almagro. provincia de Ciudad-Real.

DEPÓSITO DE MÁQUINAS DE COSER

DE

LORENZO DIAZ

BARRIO-NUEVO, 12, TIENDA, MADRID.

Se dan hilos, agujas, guias y toda clase de aparatos.

Se venden máquinas á plazos, se alquilan, se componen y se sirven pedidos para fuera.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

con la

CRÓNICA DE LA GUERRA DE ORIENTE.

Director propietario, *D. Abelardo de Carlos.*

Se suscribe á este acreditado periódico, primero en su clase en Europa y América, en la administración, calle de Carretas, 12, Madrid.

LAS TIENDAS

POR FRONTAURA.

Seis reales en Madrid y siete en provincias.

CUENTOS DE SALON.

Cuatro reales tomo en toda España.
Suscripcion permanente á obras de lujo.
Devocionarios, cromos, estampas.

Libreria de Sanchiz, Matute, 2.

DERECHO ADMINISTRATIVO, PROVINCIAL Y MUNICIPAL

POR

D. FERMIN ABELLA.

Esta importantísima obra, indispensable á todas las diputaciones y ayuntamientos, acaba de publicarse en cinco tomos, con 4.000 páginas de lectura, y se remite certificada por 32 pesetas á los que la pidan al autor, calle de las Torres, 13, Madrid.

PLATA MENESES

PRIMERA CASA EN ESPAÑA EN CUBIERTOS DE METAL BLANCO GARANTIZADO,
SERVICIOS DE METAL BLANCO PARA USO DOMÉSTICO, FONDAS, CAFÉS Y VAPORES,
ORNAMENTOS Y VASOS SAGRADOS PARA IGLESIAS Y ORATORIOS
IMITACION PERFECTA Á LA PLATA DE LEY, EXPORTACION Á PROVINCIAS Y ULTRAMAR,
ESPECIALIDAD EN PLATEAR, DORAR Y OXIDAR.

L. MENESES É HIJO, PRÍNCIPE, 7, MADRID.